

Niñez, familia y prensa en la segunda mitad del siglo XIX en México.

Carlos Escalante Fernández.

Cita:

Carlos Escalante Fernández (2015). *Niñez, familia y prensa en la segunda mitad del siglo XIX en México*. 4tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/4jornadasinfancia/25>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eZep/Orq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Producciones infantiles escritas en México, ca 1880-1940.

Carlos Escalante Fernández
(CMQ, México)

Introducción

En la segunda mitad del siglo XIX, pese al alto índice de analfabetismo imperante en México, se conformó un importante mercado editorial (periódicos, revistas, libros, almanaques, manuales) en el que los editores buscaron estrategias para atender las demandas de la población en su conjunto. Así comenzaron a proliferar publicaciones periódicas destinadas a diferentes tipos de públicos. Ya no se trataba sólo de publicaciones que permitían el debate político e intelectual entre las élites ilustradas, sino que se amplió la mirada hacia otros sectores de la sociedad: trabajadores, mujeres, niños y niñas.

Simultáneamente la aparición de tecnología avanzada permitió la edición de diarios con amplios tirajes que ofrecían periódicos con noticias actuales, tendió a conformar un nuevo tipo de lector adulto, preocupado por saber “lo que sucedía en el momento” en México y en el mundo. Esta proliferación marcó una nueva etapa en el proceso de conformación de una cultura de lo impreso que permitió nuevas prácticas de lectura y escritura en la población, de la cual niños y niñas no fueron ajenos.

En ese contexto, algunos editores visualizaron a la infancia como destinataria de un grupo de obras que les instruyeran apoyando los procesos escolares. Las revistas infantiles, en particular, permitieron visualizar a la infancia y colocarla en un lugar importante no sólo en las preocupaciones de médicos, higienistas, educadores y benefactores sino de otros sectores sociales.

En esta ponencia se centra la atención en las posibilidades que pueden proporcionar algunas producciones infantiles para estudiar prácticas infantiles de lectura y escritura y usos múltiples de la lectura y la escritura que hicieron los “lectorcitos” de estas publicaciones en el México del porfiriato. Para apreciar cómo estas prácticas pudieron perdurar en el tiempo, contrasto los hallazgos de investigaciones sobre este período con las de estudios del México de las décadas de 1920 y 1940

La idea es mostrar posibles caminos para poder acercarnos a la vida de niños y niñas de esa época, partiendo del supuesto de que no se trataba de sujetos pasivos sino

de agentes que vivían plenamente su cotidianidad, en un contexto en que varias instituciones pugnaban por su instrucción y control.

Es importante mencionar que focalizar la mirada en este tipo de prácticas nos permite transitar por los espacios de lo público y de lo privado a través de las publicaciones y de su recepción en las familias que tenían interés y posibilidades de adquirirlas. Entre estos tránsitos es posible incluir a las instituciones escolares porque estas publicaciones generalmente complementaron y se apoyaron a la vez en los contenidos educativos que se impartían en las escuelas del país y generaron un consumo cultural que fortalecería la cultura escrita.

La infancia vista desde la prensa de ayer

En México en las dos últimas décadas es visible el desarrollo experimentado por la historiografía sobre la infancia.¹ Dentro de ese campo de estudio, los procesos educativos constituyen una de las temáticas más importantes para acercarse a los mundos infantiles, a sus representaciones y a sus prácticas. Cuando se ha buscado estudiar procesos educativos fuera de la escuela (aunque guardando relación con ésta) historiadoras e historiadores han recurrido a la prensa como fuente, seleccionando las publicaciones educativas/pedagógicas, las femeniles y las infantiles. Éstas últimas son las que interesan en este trabajo.

Hay una serie de características comunes en los trabajos publicados sobre la prensa infantil o sobre otras publicaciones periódicas que abordan a la infancia decimonónica en México. Se pueden enumerar algunos de los aspectos que los autores/autoras han cuidado en el estudio de este tipo de prensa periódica: a) su soporte material, b) sus condiciones de producción, c) los objetivos que perseguían y el contenido de las publicaciones (secciones), d) los editores, colaboradores y autores, e) las formas de distribución y de financiamiento (suscripciones, ventas, anuncios, canjes).² Por supuesto también existen esfuerzos pioneros que han permitido localizar el universo de estas publicaciones, sus lugares de edición y la duración de la publicación (generalmente efímeras).³ Todo esto permite afirmar que la mera existencia de estas

¹ Es importante destacar que el desarrollo de esta historiografía en México es acompañado por el de la historiografía de otros países de América Latina como Argentina, Brasil, Chile y Colombia (Herrera y Cárdenas, 2013) y de otros países europeos (Meda, 2014: 154).

² En ese sentido se pueden citar los trabajos de Claudia Agostoni (2005), Luz Elena Galván (2008 a y b), Martha Eva Rocha (2008) y Susana Sosenski (2007).

³ Véanse los trabajos de Beatriz Alcubierre (2010) y de Nayara Flores (2004). Un panorama general de las literaturas infantiles y juveniles del México decimonónico puede verse en Staples (2001). Para la

publicaciones muestra el comienzo de una etapa diferente en la que la niñez comienza a cobrar mayor centralidad en la vida social de la época. A pesar de esta centralidad, los autores y autoras han reparado poco en los lectores a los que se destinaban las publicaciones infantiles, aunque en trabajos recientes se comienza a indagar en ellos, especialmente en trabajos que se refieren al México posrevolucionario.

El universo de lectores/lectoras

No es tarea sencilla la reconstrucción de esos posibles lectores infantiles y menos aún dotarlos de *agency*. La tarea se dificulta porque niños y niñas dejan poca evidencia, por lo que el historiador debe ensayar caminos de indagación a través de diversas fuentes no siempre agrupadas en un solo repositorio (expedientes de archivos escolares, memorias, autobiografías, correspondencia pública y privada, diarios personales). Y aún recorriendo estos caminos, lo que uno puede encontrar será siempre fragmentario, pero que puede resultar revelador, iluminador y sugerente, por lo que resulta de suma importancia investigar en esta dirección. Sin embargo, lo fragmentario de estos hallazgos puede abrir nuevas preguntas que permitan revisar con nuevos ojos nuestras fuentes, las que con esa nueva revisión arrojarán, sin duda alguna, nuevos datos.

Frente a las dificultades anteriormente mencionadas, lo que historiadoras e historiadores han intentado, de manera tendencial, es inferir o imaginar al lector a partir de las intenciones explícitas contenidas en las publicaciones. Así se habla de “lectorcitos” y se describen algunas de sus características: por lo general escolarizados, integrados a familias formadas por padre, madre y hermanos.

También se estudian algunas de las virtudes y valores que los editores comunicaban tales como obediencia, docilidad, amor filial, respeto, corrección de modales, hábitos alimenticios adecuados, que pueden ser vistos como modelos sobre la niñez. Generalmente la manera en que los historiadores e historiadoras estudiaron estos valores fue utilizando el recurso de contrastarlos con otros tipos de infancia: infancia desvalida y menesterosa, infancia anormal, infancia infractora e incluso infancia trabajadora, las cuales carecían, según se decía en la época, claramente de estos atributos o, incluso, eran portadores de valores opuestos a los del modelo prototipo.

También se ha buscado reconstruir los contextos de los lectores destinatarios de las publicaciones, como una forma de acercarse a los posibles lectores. En el caso del

primera mitad del siglo XX está por hacerse un trabajo similar que de cuenta de las literaturas infantiles y juveniles.

estudio sobre *El obrero del porvenir*, por ejemplo, Susana Sosenski sostiene que su distribución debía ser gratuita en las escuelas y que “siendo un periódico de cuya formación y composición se encargaban las alumnas del taller de tipografía e impresión de la SAI [Sociedad Artístico Industrial], no es difícil suponer que ellas fueran quizá las primeras lectoras, sin embargo, de la revisión de los contenidos de este semanario para “la niñez desvalida” se desprende que sus lectores difícilmente fueron niños huérfanos, expósitos o menesterosos, sino más bien niños y jóvenes de las familias trabajadoras que acudían y contaban con cierto grado de escolarización, además, las páginas de *El Obrero del Porvenir*, se dirigían a las familias populares a quienes llegaban en la mayoría de los casos de manos de sus hijos” (Sosenski, 2007: 80). Pero también sus editores intentaban dirigirse a un tipo de adulto, al que por ser poco educado equiparaban con un niño: el propio semanario aceptó que se destinaba además a “las personas que, habiendo atravesado ya la feliz edad de la infancia, no tuvieron la fortuna de recibir una mediana educación, encontrarán también alguna utilidad en la lectura de nuestros artículos; por que el hombre absolutamente desnudo de conocimientos, se asemeja mucho a los niños.” (Sosenski, 2007: 81).

Por el contrario, el editor de *La Niñez ilustrada* se ufanaba de que las familias “elegantes”, “los más ilustres apellidos” estaban suscriptos al periódico (Galván, 2008 b: 205). Este indicio puede ser constado por los discursos en los contenidos de la propia publicación, lo que ayuda a situar el contexto de vida de los lectores destinatarios, que es muy probable que fuesen niños y niñas pertenecientes a familias privilegiadas, lo que no nos daría una idea de la distribución social de algunas de estas publicaciones. Pero el ejercicio podría llegar hasta allí en sus alcances.

Entre los dos polos de lectores, privilegiados y desprotegidos, debe haber una gama variada de otro tipo de lectores de acuerdo a su condición socioeconómica, escolaridad, edades, género, etc. Eso hace importante caracterizar al potencial público lector del conjunto de publicaciones infantiles o de algunas en particular.

Sin embargo, esta caracterización poco nos dice sobre los usos infantiles de la lectura (y menos aún de la escritura), aunque se puede suponer determinadas pautas del mundo adulto, por ejemplo, suscribirse a estas publicaciones era una cuestión de distinción, más allá del interés educativo que también podría tener, distinción que facilitaría la interiorización infantil del mundo social en el que vivían. Suposiciones útiles ciertamente, pero aún insuficientes.

Afortunadamente, como sostiene Elena J. Albarrán “en los últimos años ha surgido una nueva tendencia entre historiadores de la infancia del mundo occidental para escribir la historia desde la perspectiva de los niños, rescatando de los archivos las fuentes que ellos mismos crearon para interpretar sus experiencias como agentes, una versión de la historia cotidiana que no da prioridad a la perspectiva de los adultos ni a la historia institucional” (Albarrán, 2012: 22). Esta tendencia será promisoría si se abandona lo que Meda ha llamado la “obsesión por la búsqueda de la verdadera voz de la ‘infancia del pasado’ en los pocos testimonios que ésta ha dejado detrás de sí” (Meda, 2014: 169). Este punto de partida quizá pueda dejar una manera más libre de buscar fuentes, de interrogarlas y de utilizarlas en el conocimiento del mundo infantil, sin que quede la impresión (o ¿la culpabilidad?) de que los hallazgos encontrados sean limitados en extremo. ¿Es que acaso las huellas dejadas por otro tipo de grupos sociales no tienen problemas similares al de los niños?

Al tener en cuenta las anteriores dificultades para documentar a la niñez y considerando la idea de acercarse a las fuentes desde la perspectiva de los niños, estudié prácticas infantiles de escritura y lectura en *El Educador Práctico Ilustrado*, un periódico quincenal publicado en la ciudad de México en 1886 (del que se resguardan 14 números). Mi interés central era documentar a los lectorcitos cuidando de no hacer una transferencia fácil entre los contenidos de la publicación y dar por supuesto que los “lectorcitos” se apropiaban de ella literalmente cuando la leían. (Escalante, 2012). Pude documentar los usos de la lectura, y de la escritura en menor medida, a través de algunas prácticas que ensayaron un pequeño grupo de niños y niñas en el propio quincenal.

Como el periódico señalaba que estaba destinado tanto a niños y niñas, como a padres y madres así como a maestros de escuela, me concentré fundamentalmente en algunas secciones.⁴ Así centré la mirada en la correspondencia que algunos niños y niñas enviaron a la redacción del quincenal y que fue publicada por los propios editores. Más que cartas extensas, lo que aparece en varios números consultados son respuestas a las adivinanzas y otros juegos que se incluían en *El Educador Práctico Ilustrado*, actividades que también se incluían en otras publicaciones infantiles de la época.

En las páginas de este periódico se insertaron en la sección destinada a los niños, un conjunto de actividades de recreación, que ponían en juego habilidades, destrezas y

⁴ Es posible reconocer que el punto de partida de mi estudio haya sido, sin tenerlo suficientemente consciente, con la intención de encontrar “la verdadera voz de niños y niñas”, por lo que una nueva revisión de las páginas de este quincenal podría arrojar otros hallazgos novedosos.

conocimientos (algunos de estos escolares) de niños y niñas que aceptaban seguir las propuestas del periódico. Así, en sus páginas se insertaron problemas, preguntas, juegos de consonantes y vocales y dificultades cuyas respuestas y/o soluciones suponían poner en juego el conocimiento adquirido en la escuela y en la familia. Otras recogían una tradición oral, como el caso de las adivinanzas y charadas. Y otras más, como el salto de caballo, combinaban ciertos conocimientos escolares con juegos de mesa como el ajedrez, que debía ser aprendido en el seno de ciertas familias.

A través de las páginas de los diferentes números de *El Educador Práctico Ilustrado* es posible observar que hubo aceptación y participación de los lectores a estas actividades. Las respuestas mostraban el entusiasmo de niños de varios lugares del país. Destacó en ese sentido José de Jesús González, un niño del estado de Guanajuato, en el centro de México, que no sólo contestaba a varias de las actividades sino que incluso enviaba las elaboradas por él mismo. Además fue incluido en uno de los números en la “Galería de Niños Célebres de México” e incorporado al directorio de colaboradores del semanario. Este niño llegó a ser un prestigiado médico oftalmólogo, autor de obras médicas en su especialidad.

Hallazgos como los anteriores resultan significativos pues permiten ver el accionar de niños que se involucraron con el semanario y lo hicieron suyo. No me parece que esta experiencia infantil haya sido única, pero el ejemplo de estos niños dista de ser generalizable por lo que es preciso ensayarlo en otras publicaciones de la época y de las siguientes décadas. Pero lo importante de resaltar es que a través del análisis de prácticas y lecturas fue posible dar cuenta de los gustos y aficiones de algunos niños y niñas lectores/as y de su creatividad frente a un impreso pensado para ellos.

Igualmente los casos particulares de los niños José de Jesús González y Emilia Enríquez de Rivera⁵ y de su contacto cotidiano con impresos diversos y su manejo de la lectura y la escritura puede mostrar que sus trayectorias como adultos destacados lo fueron no sólo por sus actividades escolares sino por este tipo de ejercicios lúdicos en los que estas formas de escribir y leer salieron no sólo de las formas dictadas por la escuela sino también por entornos familiares peculiares, lo que abre ampliamente las miradas hacia los procesos educativos de la época.

⁵ Emilia era una de las hijas del editor de *El Educador Práctico Ilustrado*, de adulta fue editora de publicaciones periódicas. Vivir en la familia de un editor le acercó a la cultura escrita y le dio pautas para encontrar su vocación.

*La prensa infantil en el México decimonónico*⁶

Si bien es cierto que en la primera mitad del siglo XIX, es posible constatar la existencia de algunos periódicos infantiles, es a partir de 1870 que éstos aparecieron en mayor cantidad y con una distribución geográfica localizada en varios puntos del país.⁷ En la segunda mitad del siglo XIX hubo varios procesos que en su conjunto dieron cuenta de una nueva concepción de la infancia. Entre estos procesos destacan el paulatino desarrollo de la escolarización que lentamente fue afianzando la presencia de la escuela en el territorio nacional, el desarrollo del pensamiento higienista y del pedagógico que colocaron a niños y niñas en el centro de sus preocupaciones y el surgimiento de la edición de libros para niños y de una prensa que igualmente tuvo a la infancia como una de sus inquietudes centrales.⁸

En ese período se pensó que la lectura sería importante y decisiva en la educación de los niños lo que “dio lugar a diversas publicaciones de obras” especializadas destinadas a lectores infantiles (Suárez, 2005: 21). Como apunta Claudia Agostoni “las revistas infantiles del siglo XIX ponen de manifiesto la manera en la cual el mundo infantil progresivamente ocupó un lugar específico en la conciencia colectiva” (Agostoni, 2005: 171-172). Es probable que como resultado de esa conciencia colectiva se haya orientado la intención de editores de revistas infantiles e incluso de revistas pedagógicas y/o educativas hacia la tarea de contribuir a la conformación de un modelo de moral cívica, a través de educar a los “ciudadanos del futuro”, como sugiere Alcubierre (2010).

La década de 1870 marca el inicio de la proliferación de publicaciones infantiles en el país. En esa década circularon varios periódicos destinados a la infancia editados en la ciudad de México como *El Ángel de la Guarda* publicado en 1870-1871 por la Sociedad Católica Mexicana, *El obrero del porvenir* de 1870 editado por la Sociedad Artístico Industrial y distribuido de manera gratuita, así como el periódico religioso. En 1872 la compañía lancasteriana publicó *El Escolar*. (Alcubierre, 2010; Agostoni, 2005; Flores, 2004; Galván, 2004, 2008 a y b; Sosenski, 2007). Entre 1870 y 1875 en

⁶ Este apartado reproduce algunas de las ideas de mi trabajo sobre *El Educador Práctico Ilustrado* (Escalante, 2012: 216-218).

⁷ Es posible que el semanario *Diario de los Niños. Literatura, entretenimiento y educación* publicado entre 1839 y 1840 haya sido la primera publicación en México de este género (Flores, 2004, Agostoni, 2005, Alcubierre, 2010). Para contar con un panorama de las publicaciones periódicas infantiles del siglo XIX en la República Mexicana resulta muy útil el detallado catálogo preparado por Nayara Flores (2004).

⁸ Respecto de este tercer proceso, las casas editoriales reunieron a grupos de maestros normalistas y a diseñadores para la confección de libros para niños con el propósito de que les fuesen atractivos (Martínez, 2005).

Campeche se publicaba *El Periquito*. Otros periódicos editados en los estados eran “*El Periquito* (1873), *El Escolar* (1872) y *El Colegial* (1892) en Mérida, Yucatán. En el estado de Guanajuato se editaba *La Educación*, periódico de la Sociedad de Enseñanza Popular (1871-72), *La Escuela de Primeras Letras* (1870-71) y *El Periódico para Niños* (1870-1873). En cuanto a San Luis Potosí, tenemos *El Niño* (1870), *La Infancia* (1875), y *El Abuelo* (1891); en Oaxaca, *El Estudiante* (1850) y *La Unión Escolar* (1900); en Coatepec, Veracruz, *El Instructor de los Niños* (1870); en Morelia, Michoacán *El Amigo de la Infancia* (1875); en Aguascalientes, *El Instructor* (1883-1894 y 1896 a 1901); en Campeche, *El Periquito* (1870), y en Guadalajara, Jalisco, *El Protector de la Infancia*, Periódico de la Sociedad Lancasteriana Jalisciense (1871-1872), *El Amigo de los Niños* (1878) y *El Progreso Escolar* (1896)” (Galván, 2008 b: 202).

En las siguientes dos décadas las publicaciones de este tipo aumentaron significativamente aunque la mayoría de ellas tuvo una vida efímera, aunque eso no debe haber sido una limitación en sus impactos. Publicaciones como *El Correo de los niños* destacan por su larga duración (de 1872 a 1883). A diferencia de las publicaciones anteriores, una de las características de las de este período es que pusieron mayor énfasis en los contenidos educativos (asociados por lo general al mundo escolar a través de sus contenidos) y en apelar a niños y niñas buscando un lenguaje sencillo, pero sobre todo atractivo. Así como había venido sucediendo con los libros escolares, las publicaciones infantiles de la prensa buscaron, a partir del uso meditado y cuidado de ilustraciones e imágenes, llamar la atención y el gusto de niños y niñas.

De manera que, con este importante y variado número de publicaciones infantiles, es posible trabajar para dar cuenta de los mundos de la niñez de fines del siglo XIX y aportar al conocimiento histórico de la infancia en México. No hay, en este caso, dificultades de estudio referidas a la escasez de fuentes de este tipo. Son muchas y variadas como se ha mostrado. Siguen en espera de ser revisadas. Su consulta permitirá abrir ventanas para mirar el universo infantil en el que es posible ver sus mundos ordinarios y los extraordinarios, sus gustos y aficiones, la formación de hábitos, sus formas lúdicas de acercarse a la cultura escrita.

Los trabajos realizados hasta ahora, utilizando este tipo de fuente, perfilan un corpus que puede ser punto de partida para emprender nuevos estudios con nuevas preguntas, y con otras reformuladas a partir de los hallazgos de esa producción. En el siguiente apartado trataré de señalar algunos posibles caminos de indagación que me

parece pueden iluminar a las infancias mexicanas y a resaltar su **carácter activo** ante diversos soportes materiales de la cultura escrita. Lamentablemente no existe todavía un corpus de conocimiento similar para el siglo XX mexicano.

Prácticas infantiles de lectura y escritura: su historicidad

La alternativa analítica que propongo para dar cuenta de prácticas infantiles de lectura y de escritura consiste en ampliar el período de estudio. En la historiografía de la educación, como en otros campos temáticos, ha resultado muy útil estudios que tienen como período el porfiriato, la revolución y las primeras décadas posrevolucionarias. Se trata de un arco temporal de 50 o 60 años que permite dar cuenta de continuidades y rupturas. En el caso de éstas prácticas que conforman procesos de cultura escrita estudiarlas en un período prolongado y además signado por una ruptura revolucionaria puede ser iluminador. Sólo estudiando los procesos culturales en períodos temporales amplios será posible dar cuenta de sus dinámicas.

Con algunos ejemplos pretendo ilustrar lo fecundo que puede resultar este camino. Se trata de ejemplos claramente provisorios ante la falta de un corpus de conocimiento mayor en cuanto al papel activo de niñas y niños ante lo escrito y en cuanto a sus formas de apropiación de los impresos, escolares o de otros ámbitos. No obstante lo provisional de este ejercicio, puede abrir líneas de reflexión y estimular al estudio de esta problemática.

El interés que yo tuve en el trabajo anteriormente citado, es similar al de autoras que han estudiado las primeras décadas de la posrevolución. Norma Ramos recurrió al análisis de tres periódicos escolares hechos por niños y niñas en dos escuelas de Nuevo León, en el noreste del país. (Ramos, 2012). Por su parte Elena Jackson Albarrán recurre a diversas producciones infantiles (escritos, dibujos y cartas de diverso tipo: con contenidos y destinatarios diferentes) para estudiar prácticas infantiles que sitúan a los niños como agentes con voz propia (Albarrán, 2012). Las respuestas que documentó la autora permiten mostrar una infancia participativa y activa, impulsada desde el mundo oficial que requería respuestas cívicas a sus proyectos. Nuevamente algunas similitudes con los niños decimonónicos son visibles. Quizá una diferencia notoria es que algunos de estos niños fueron también críticos de los procedimientos que utilizaron los adultos que los invitaron a participar, cuestión a la que volveré más adelante (Albarrán, 2012). Finalmente con otro tipo de artefactos, tan diferentes como pueden ser el juguete, el cine

o el teatro guiñol, Susana Sosenski ha dado cuenta de cómo algunos productos culturales contribuyeron a la construcción de la infancia en el México de las décadas de 1920 a 1950 (Sosenski, 2006, 2010 y 2012).⁹

Conviene detenernos en los dos primeros artículos citados. Norma Ramos y Elena Jackson Albarrán coinciden en su interés de documentar una infancia activa, participe de proyectos escolares. En el análisis de Ramos sobre publicaciones escolares de hechura infantil, la autora selecciona dos escuelas, una rural y la otra urbana, lo que le permitió contrastar algunas diferencias.

Para Ramos “los documentos dejados por los niños son fuentes escasas en un mundo construido por y para los adultos. Sus escritos se encuentran a cuenta gotas en los archivos escolares que nos hablan en mayor medida de las instituciones, más que de los sujetos, de ahí el valor que adquieren las expresiones escritas realizadas por los niños dentro de la escuela.” (Ramos, 2012: 55). La autora no utiliza como fuente publicaciones infantiles editadas por adultos con circulación comercial, sino que busca al interior de las escuelas. Encuentra, en el archivo de la Secretaría de Educación Pública, tres periódicos producidos entre 1925 y 1929.

Al analizar el soporte material de los periódicos Ramos encuentra diferencias contrastantes entre los dos periódicos de la escuela rural La Gloria y el producido en la ciudad de Monterrey, capital estatal. Este último periódico guarda similitudes con *El Educador Práctico Ilustrado*. La división en secciones, la inclusión de anuncios (la mayoría sobre productos del mundo adulto, los menos anunciando productos infantiles), el interés en un tiraje amplio y con una distribución amplia, entre las principales. Con los otros periódicos hay algunas semejanzas respecto del periódico decimonónico: también estaban organizados en secciones; niños y niñas participaban en actividades como redacción de cartas, copiado de máximas; se reproducen igualmente patrones de género a pesar de que el contexto de producción de los periódicos escolares pudiera

⁹ Pese a que son creaciones de niños y niñas, los dibujos infantiles todavía no han sido una fuente utilizada en México. Recientemente, Juri Meda (2014) ha llamado la atención sobre su potencial heurístico como fuente y ha señalado algunas importantes consideraciones metodológicas para su uso. En los archivos escolares y/o en los de las dependencias educativas oficiales deben existir colecciones de dibujos en espera de ser estudiadas. Norma Ramos (2012) ha documentado algunas prácticas de niños/niñas como ilustradores de periódicos escolares en Nuevo León en la posrevolución con hallazgos sugerentes para incorporar esa dimensión al estudio histórico de la infancia. Igualmente Elena Jackson Albarrán (2012) explora algunos dibujos infantiles publicados en *Pulgarcito*, revista de la Secretaría de Educación Pública editada en la década de 1920.

marcar diferencias significativas.

Una de las importantes diferencias está en el papel de niños y niñas en la manufactura de sus periódicos pues además de escribir en éstos, también los ilustran con dibujos. A diferencia de *El Educador Práctico Ilustrado*, en el que niños y niñas responden a la invitación de los editores para participar en la edición del periódico, los escolares de la escuela rural son “hacedores” del propio periódico, aunque lo hacen bajo la férula de sus profesores, quienes a su vez siguen los lineamientos de la política educativa vigente. Pero en ambos casos, niños y niñas son productores de escrituras y de lecturas. La otra diferencia a destacar en el soporte material de estos tres periódicos es la sencillez en cuanto a su formato, forma de reproducción, tiraje corto y distribución muy limitada en el caso de los periódicos escolares frente al editado por Enríquez Rivera en la ciudad de México, el cual tenía condiciones comerciales de producción y distribución y en el que la colaboración de los adultos era mayoritaria. No obstante, no son los soportes lo único que marca las diferencias que deben considerarse al intentar establecer líneas de continuidad y momentos de ruptura. El contexto social y cultural es el punto de partida y en ese sentido el historiador debe tomar partido en la discusión historiográfica sobre lo que fue la Revolución mexicana, discusión que rebasa los límites de este trabajo. Esa misma discusión debe estar presente al hacer los comparativos de mis hallazgos con los de Elena J. Albarrán.

Esta autora piensa que “para escribir una historia de la infancia, es imperativo integrar los documentos producidos por los niños para iluminar su papel como agentes históricos” (Albarrán, 2012: 17). Esta premisa la llevó a consultar una variedad de cartas escritas por niños y niñas dirigidas a presidentes de la República y cartas que respondían a los proyectos culturales oficiales (radio y teatro guiñol) en el período de 1920-1940. Encontró una amplia producción discursiva que, no obstante que surgió a partir de consignas de profesores y autoridades locales y no de manera espontánea, muestra otra voz en el complejo proceso de cambios educativos producidos en la posrevolución.

Existe una diferencia significativa en el contenido de los escritos de los niños y niñas de *El Educador Práctico Ilustrado* y los de los niños posrevolucionarios. Albarrán nos da la pista: “a partir de su correspondencia, nos damos cuenta de que algunos niños cuestionaban los procesos democráticos y la verdadera representación del pueblo en los

proyectos del Estado (aunque indiscutiblemente la gran mayoría de estos niños simplemente reflejaban esas injusticias políticas desde su estrecha visión definida por el contexto familiar o escolar). Además, sus cartas revelan detalles y pistas de sus vidas cotidianas. Sobre todo, estos niños afirmaban que su estado social de niño o niña no los limitaba, producto de casi una década de retórica oficial que elevaba el niño como el recurso más precioso de la nación. Una serie de cartas al director del programa de radio llamado *Periódico infantil*, de la mencionada estación XFX, contiene evidencia de que los niños se sentían con el derecho de participar en los concursos que ofrecía el programa y ganar premios democráticamente, por pobres o enfermos o chiquitos que fueran” (Albarrán, 2012: 33).

Uno de los ejemplos que analiza Albarrán es iluminador de cómo el contexto y el agente que invita a participar condicionan la producción infantil, que difícilmente resultará espontánea. Vale la pena reproducir la voz del niño Luis Becerril quien cuestionaba los procedimientos del concurso convocado por el programa de radio *El periódico infantil*:

“¿Quién creo que sea digno del premio? ¿El que las reporta a diario o el que las reporta cada tres días? Señor, el que las reporta todo los días lo hace porque en su casa cuentan con más dinero, y en la mía es escaso, aunque es una insignificancia los seis centavos, hay días que no los tiene mi mamá, por eso junto tres notas para mandárselas juntas.” (Citado en Albarrán, 2012: 34).

Según Elena Albarrán, el nuevo escenario de participación popular y cívica alentó a niños como Luis Becerril a ser consciente de que su condición social no le restaba ni le suprimía derechos que el movimiento revolucionario había conquistado para toda la población y que podía exigir “justicia social”: “Aunque su pedido parezca incidental, la carta de Luis demuestra una capacidad de cuestionamiento de la transparencia de las funciones del gobierno en un aspecto que afectó su vida como niño y fue una observación astuta que pudo haberse aplicado a muchas instituciones estatales en todos los niveles del gobierno.” (Albarrán, 2012: 35).

Sin duda, las sustanciales diferencias entre las formas de escribir de los niños que yo he estudiado y los estudiados por Albarrán se deben a varias cuestiones del soporte en el que las cartas fueron publicadas pero sobre todo del contexto en el que

fueron producidas. ¿Las prácticas infantiles de escritura son entonces diferentes? Pareciera que no lo son en el sentido de que las de ambas épocas son resultado de una demanda adulta que les resultó atractiva a niños y niñas para participar. Pero evidentemente, las demandas tienen motivaciones diferentes. El editor del periódico infantil decimonónico quiere su participación para beneficio y prestigio de su quincenal y como constatación de que su propuesta educativa es eficaz. En el caso de niños y niñas que escriben en las décadas de 1920-1940, es el gobierno, a través de diferentes agentes, el interesado en su participación como constatación de que su proyecto educativo está funcionando en la formación de un nuevo ciudadano democrático. Sin recurrir al análisis de estos adultos y de sus instituciones, las producciones discursivas infantiles pierden sentido.

Pese a que las condiciones entre los niños que yo he estudiado y los que Ramos y Albarrán estudian hay muchas diferencias de todo tipo (regiones diferentes, sociedades distintas, ámbitos de apropiación de la lectura/escritura diferentes, propuestas pedagógicas oficiales contrastantes, etc.) es posible advertir otro rasgo común que vale la pena señalar. Ya se ha mencionado lo importante que fue en las vidas de algunos niños de finales del siglo XIX su participación en las páginas de *El Educador Práctico Ilustrado*, pues como adultos consiguieron destacar de manera visible en su actividad económica. Norma Ramos menciona el caso de una niña, Angelina Solís, participante activa en la producción de su periódico escolar, que posteriormente trabaja como maestra y que en su ejercicio docente siguió impulsando la edición de periódicos escolares.

Lo anterior puede sugerir, a manera de hipótesis, que estas prácticas infantiles de escritura y lectura desarrolladas durante la niñez posibilitaron formas de inserción laboral asociadas al ámbito de lo impreso. Aunque quizás, el caso de la niña que se vuelve maestra pase también por la lógica propia de la vida escolar. Yo he documentado, en el último cuarto del siglo XIX, como algunos niños y niñas que estudiaron en escuelas en pueblos rurales del Estado de México, en el centro del país, posteriormente pudieron trabajar en escuelas de su misma municipalidad (Escalante, 2014). De manera que la trayectoria en la escuela y la posición de su familia en el pueblo pudiesen pesar más que las prácticas constantes en escritura y lectura desarrolladas por niños y niñas.

Por otro lado, habría que cuestionar la suposición de que la cultura escrita, en este período de 1880-1940, está asociada a las ciudades y particularmente a las familias de clases altas y medias. Como señala Albarrán “por lo general, las cartas infantiles representan las experiencias de los niños de la clase media, urbana y relativamente privilegiada: los que tenían acceso al papel; los que sabían leer y escribir; los que disfrutaban el tiempo libre para sentarse y formular pensamientos escritos fuera del salón de clase; y los que podían pagar la estampilla para mandarla por correo postal. Sin embargo, tenemos evidencia de que algunos niños, que no cabían directamente dentro de estas categorías, y aun así, vieron la palabra escrita y la burocracia revolucionaria como los mejores vehículos para pedir lo que según ellos se merecían como pequeños ciudadanos. Como mínimo, veían lo que les rodeaba en su mundo de la escuela y la comunidad, y querían participar en el mismo nivel que sus compatriotas en la nueva cultura infantil que les ofrecía el régimen revolucionario. En la medida de lo posible, la gente humilde (incluyendo a los niños) buscaban maneras de formalizar sus peticiones por vías tecnológicas y modernas” (Albarrán, 2012: 27-28).

En ese sentido, la discusión sería si niños y niñas de los sectores humildes de la población tuvieron acceso a esta cultura en el siglo XX con la escuela y su dispositivo pedagógico activo o simplemente las necesidades de los gobiernos posrevolucionarios propiciaron la visibilidad de los niños y las niñas a través de cartas peticionarias. Esta es una cuestión difícil de resolver frente a los escasos estudios que permitirían fundamentar algún posicionamiento firme.

No obstante, los anteriores rasgos comunes que hemos esbozado, visibles en prácticas en contextos temporales muy diferentes, cabe preguntarse si no constituyen elementos de una sólida continuidad en la cultura escrita. Independientemente de la respuesta dada, lo que es importante señalar es que esos rasgos contribuyen a explicarnos el tránsito de formas de lectura intensiva, propias de la escuela en el siglo XIX, a otras de manera intensiva en las que artefactos como los periódicos infantiles y el apelar a la participación de niños fueron importantes elementos de dicho tránsito (Rockwell, 2004). ¿Qué pudo significar ese complejo tránsito?, ¿cómo coexistieron estas dos formas de lectura?, ¿en qué contribuyó el cambio a hacer de la cultura escrita un componente en el mundo ordinario de niños y niñas?, ¿qué repercusiones tuvo en la vida escolar?

Estas preguntas desplazan la atención centrada en niños y niñas hacia otras situaciones. No debería preocuparnos el desplazamiento si somos conscientes de la operación. Por el contrario, permite enlazar la historia de la infancia con la historia de la lectura y la historia de la educación, para dar cuenta de la historicidad de procesos culturales complejos en los que niños y niñas participaron de diversos modos. El engarce entre estos campos temáticos es fecundo y muestra las potencialidades de una historia de la infancia construida desde la perspectiva que ahora comienza a mostrar sus ventajas y fortalezas. En ese sentido, resulta una invitación atractiva para historiadores e historiadoras.

Referencias

Agostoni, Claudia (2005). “Divertir e instruir. Revistas infantiles del siglo XIX mexicano” en Clark, Belem y Elisa Speckman (Eds.). *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 171-182

Albarrán, Elena Jackson (2012). “En busca de la voz de los herederos de la Revolución. Un análisis de los documentos producidos por los niños, 1921-1940” en *Relaciones* 132, Zamora, Michoacán, otoño, 17-52

Alcubierre, Beatriz (2010). *Ciudadanos del futuro. Una historia de las publicaciones para niños en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Escalante, Carlos (2012). “Prácticas infantiles de lectura y escritura en el México de fines del siglo XIX. Niños y niñas ante *El Educador Práctico Ilustrado*” en Manzione, María, Lucía Lionetti y Cecilia Di Marco (Comps.) *Educación, infancia[s] y juventud[es] en diálogo. Saberes, representaciones y prácticas sociales*, Buenos Aires, Ed. La Colmena, 215-248

Escalante, Carlos (2014). *Mazahuas, campesinos y maestros. Prácticas de escritura, tierras y escuelas en la historia de Jocotitlán, Estado de México (1879-1940)*, Zinacantepec, México, El Colegio Mexiquense

Flores, Nayara (2004). *Catálogo ilustrado de publicaciones periódicas mexicanas para niños (1839-1904)* Tesis de Maestría en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas, México, Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional

Galván, Luz Elena (2004). “Creación del ciudadano: los intelectuales y la prensa infantil, 1870-1900” en *Historia y grafía* no. 23, México, 217-262

Galván, Luz Elena (2008 a). “La niñez desvalida. El discurso de la prensa infantil del siglo XIX” en Padilla, Antonio, Alcira Soler, Martha Luz Arredondo y Lucía Martínez (Coords.). *La infancia en los siglos XIX y XX. Discursos, imágenes, espacios y prácticas*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Casa Juan Pablos, 169-183

Galván, Luz Elena (2008 b). “Del ocio a la instrucción en *La niñez ilustrada*. Un periódico infantil del siglo XIX” en *Estudios del Hombre* núm. 20, Guadalajara, Jalisco, México, 201-233

Herrera, Martha Cecilia y Yeimy Cárdenas (2013). “Tendencias analíticas en la historiografía de la infancia en América Latina” en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* vol. 40 núm. 2, Colombia, julio-diciembre, 279-311

Martínez, Lucía (2005). “Lecturas recreativas para pequeños lectores a finales del siglo XIX en México” en *Estudios del Hombre* núm. 20, Guadalajara, Jalisco, México, 235-257

Meda, Juri (2014). “Los dibujos infantiles como fuentes históricas: perspectivas heurísticas y cuestiones metodológicas” en *Rev. bras. hist. educ.*, v. 14, n. 3 (36), septiembre-diciembre, 151-177

Ramos, Norma (2012). “Niños redactores e ilustradores de periódicos. Un acercamiento a las producciones escolares en la escuela nuevoleonense posrevolucionaria” en *Relaciones* 132, Zamora, Michoacán, otoño, 53-93

Rockwell, Elsie (2004). “Entre la vida y los libros: prácticas de lectura en las escuelas de la Malintzi a principios del siglo XX” en Castañeda, Carmen, Luz Elena Galván y Lucía Martínez (Coords.). *Lecturas y lectores en la historia de México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 327-357

Rockwell, Elsie (2006). “Los niños en los intersticios de la cotidianidad escolar: ¿resistencia, apropiación o subversión?” Conferencia presentada en el XI Simposio Interamericano de Etnografía de la Educación, Buenos Aires, 22 p.

Rocha, Martha Eva (2008). “El discurso de la infancia en la revista *El Hogar* (1913-1921)” en Salazar, Delia y María Eugenia Sánchez (Coords.). *Niños y adolescentes: normas y transgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 85-101

Sosenski, Susana (2006). “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la ciudad de México en la década de 1920” en *Secuencia* núm. 66, México, septiembre-diciembre, 37-64

Sosenski, Susana (2007). “*El obrero del porvenir*: una publicación de la Sociedad Artística Industrial, 1870” en *Estudios Sociales* núm. 1, Guadalajara, Jalisco, México, julio, 71-102

Sosenski, Susana (2010). “Niños limpios y trabajadores. El teatro guiñol posrevolucionario en la construcción de la infancia mexicana” en *Anuario de estudios americanos* vol. 67, no. 2, España, julio-diciembre, 493-518

Sosenski, Susana (2012) “Producciones culturales para la infancia mexicana: los juguetes (1950-1960)” en *Relaciones* 132, Zamora, Michoacán, otoño, 95-126

Staples, Anne (2001). “Literatura infantil y de jóvenes en el siglo XIX” en Martínez, Lucía (Coord.). *La infancia y la cultura escrita*, México, Siglo XXI editores/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 339-350